

Enrico Letta

Hacer Europa y no la guerra

Una apuesta europeísta frente a Trump y el *brexit*



PENÍNSULA ATALAYA

Índice

PORTADA	
SINOPSIS	
PRÓLOGO	
INTRODUCCIÓN	
1. CONTRA VIENTO Y MAREA	
2. MUNSTER PARA EL ADUANERO	
3. EUROPA SABE QUE SE HA VUELTO MORTAL	
4. LOS MUROS NACIONALISTAS NO PROTEGEN DE NADA	
5. CÓMO ENAMORARSE DE NUEVO	
6. EL MITO ENGAÑOSO DEL HOMBRE FUERTE	
7. ¿POR QUÉ DEJAR A ALEMANIA EL MONOPOLIO DE LA VIRTUD?	
8. EL EURO VALE MUCHO MÁS QUE UNA MONEDA	
9. ANTE TRUMP, HAGÁMONOS ADULTOS	
10. CINCO PISTAS PARA SALIR DE LA CRISIS MIGRATORIA	
11. DESBRUSELIZAR	
12. PREFIERO LA DEMOCRACIA A LOS REFERÉNDUMS	
13. PROPONER LO MEJOR Y NO SOLO UNA ALTERNATIVA A LO PEOR	
CRÉDITOS	

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Cuando más profunda es la crisis, cuando la esperanza se desvanece, cuando parece que caminamos contra el viento, ese es el momento de volver a los orígenes.

Europa se enfrenta a la crisis económica más larga de su historia y ante la dinámica migratoria y de refugiados más prolongada que ha visto nunca. Es también la primera vez, con el brexit, que un país abandona el proyecto europeo. Podríamos seguir con la lista de las crisis a las que se enfrenta la UE: atentados terroristas, paro juvenil de más del 40% en la Europa mediterránea, la crisis griega... La sensación es que nos hallamos frente a situaciones inéditas, ante las que no existe precedente, ni guía para superarlas. Aun así, las respuestas son necesarias y urgentes.

No podemos resignarnos: si estamos ante una crisis sin precedentes, las respuestas también tienen que serlo. Ante la situación actual, la UE, sus estados miembros y los pueblos europeos deben elevar el nivel de su ambición y dar prueba, ahora más que nunca, de creatividad y de determinación.

PRÓLOGO

Hay que rendirse a la evidencia: la idea europea ya no avanza viento en popa. Cuantos crecieron con el sueño europeo esperaban algo mejor. Hoy muchos se preguntan en voz alta si después de todo no los habrán engañado con ese «mercado común», con esa moneda única, con esa ampliación hacia el este que algunos juzgan precipitada. Los británicos están haciendo las maletas para salir de la Unión Europea, y desde el muelle los continentales se preguntan si la locura consiste en partir o en quedarse. También si el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, es un aliado o un enemigo en potencia. La elección de Emmanuel Macron aporta, en cambio, desde Francia, una nota de esperanza.

Entretanto, sigue practicándose el viejo deporte político de desahogarse contra «Bruselas». Muchos dirigentes nacionales evitan evocar a Europa, o bien aseguran que su país no se dejará pisotear. En campaña electoral se ponen a la defensiva, insisten en que es preciso arropar la soberanía nacional, en las garantías que han de recibir, y trazan de entrada las líneas rojas infranqueables. El famoso «*I want my money back*» (que me devuelvan mi dinero) de Margaret Thatcher, para escatimar su contribución al presupuesto europeo, ya no constituye una excepción sino la regla general.

En este ambiente tempestuoso, en este período confuso, hablar de Europa con Enrico Letta resulta de lo más refrescante. No solo porque conoce sus resortes desde hace mucho tiempo, por haberse pateado tanto los pasillos del Parlamento Europeo como los del hemiciclo italiano, por

haber conocido las negociaciones nocturnas europeas, en calidad de ministro, así como las cumbres bruselenses, en cuanto reciente jefe del Gobierno italiano, y porque es un amigo fiel de Francia y de España. Sino también porque a los cincuenta y un años está libre de toda función política, tras dejar de manera voluntaria su mandato y su cargo de diputado en Italia para aceptar nuevas responsabilidades en el Institut d'Études Politiques de París (Sciences Po), así como al frente del Institut Jacques Delors.

Enrico Letta dirige hoy una mirada madura al proyecto de la Europa unida. Ya no repite «más Europa» como un imperativo indiscutible. Nos ayuda a hacer la transición del sueño de los padres fundadores a la dura realidad actual, sin dejarse impresionar o frenar por ella, y sin renegar tampoco del proyecto original. Pone en guardia contra otros «sueños» europeos, los de murallas protectoras, un hombre fuerte providencial o la democracia directa. Nos ayuda a tomar conciencia de quiénes somos los europeos, así como a no avergonzarnos de nuestros valores, sino todo lo contrario. Nos invita a revisar el camino de integración recorrido para valorarlo y al mismo tiempo detectar sus defectos. Nos explica de manera pedagógica dónde se sitúa nuestro continente ante las diversas evoluciones que tienen lugar en el mundo. Nos demuestra que Europa avanza, o no, en función de nuestra elección asumida. Al igual que el exalcalde de Florencia, Giorgio La Pira, lo deseaba para sus ciudadanos, Enrico Letta aspira a «levantar los ánimos» en relación con Europa. Mediante este libro, publicado en Italia, España, Francia y Alemania, sirve de guía a lo que podríamos llamar un «discernimiento colectivo europeo».

También resulta de lo más refrescante oír hablar a un político sin que su mensaje se vea enturbiado por un interés inmediato, un ego tendente a complacer o una jerga indescifrable. Lo cual nos recuerda que para llegar a construir Europa no basta con tener un proyecto sólido sobre la mesa y un contexto histórico en que apoyarse. También se re-

quieren dirigentes europeos convencidos, y no de circunstancias o pura fachada. Hombres y mujeres capaces de estimular las ganas de Europa porque la encarnan con pasión y credibilidad. De ahí que el hecho de restablecer la idea europea, de reapropiarse del proyecto, solo podrá traer aparejada una renovación del compromiso político.

SÉBASTIEN MAILLARD

INTRODUCCIÓN

El *brexít* y Trump: dos desgracias. No creo que estos dos acontecimientos puedan definirse de otra forma, al menos por quienes, como yo, creen que los puentes son mejores que los muros y que la integración es la clave para vivir en el mundo de hoy y, sobre todo, en el que nos aguarda a nosotros y a nuestros hijos mañana. Dos desgracias que, en Europa y en el viejo Occidente, han aumentado distancias, han creado divisiones y nos han obligado a concentrarnos en cómo ajustar cuentas entre nosotros, en lugar de prestar atención al amplio mundo exterior. Son lo peor que podía ocurrir, en particular tras la década comenzada con la crisis económica, que nos obligó a los europeos a concentrarnos por completo en nuestros problemas internos para salir de la espiral más devastadora desde la posguerra. Largas y extenuantes sucesiones de cumbres europeas, celebradas con formatos variables pero de manera continuada, siempre con una agenda completamente doméstica e intraeuropea, hecha de euros, fondos de rescate y nuevas reglas de disciplina presupuestaria. Los daños sociales y los efectos de dicha crisis no tardaron en verse reflejados en los equilibrios políticos de los países más afectados: un nuevo aliciente para mirar, sobre todo, hacia adentro; poco tiempo y poca energía para atender a lo que estaba ocurriendo fuera de las fronteras de Europa.

Apenas tuvimos tiempo de comprobar las primeras señales de la mejoría económica, cuando la llegada de la enorme y dramática crisis de los inmigrantes provocó de nuevo esa misma respuesta refleja de introspección. Las fronteras internas, la crisis del sistema Schengen, los rea-

sentamientos, la armonización de las normas de asilo, los centros de acogida —insuficientes y saturados al poco tiempo—, la agencia Frontex, las operaciones Mare Nostrum y Tritón... Y, como es natural, su consiguiente impacto en la opinión pública de los países europeos, tan potente que extendió y consolidó ese nuevo diseño de los equilibrios políticos continentales que había empezado a dibujarse con los daños sociales de la crisis económica: el auge de partidos basados en el nacionalismo y el localismo, la derrota de las formaciones políticas tradicionales y de su apertura europeísta e internacionalista. Una vez más, quedaba muy poca energía para mirar hacia fuera.

Mientras tanto, el mundo alrededor de Europa ha ido cambiando. Y el cambio es tan sumamente radical y profundo que nos depara un panorama completamente distinto al de hace diez años. En ese breve lapso de tiempo, hemos entrado, de repente, en una nueva era: China, que siempre había estado al margen, se ha convertido en el centro. Rusia, desaparecida de los mapas geopolíticos mundiales, vuelve a la acción, reviviendo políticas propias de una potencia del pasado. Estados Unidos, que entretanto ha alcanzado la autosuficiencia energética, vive la era trumpiana del «America First» (América primero), que se está convirtiendo en un peligroso «America Alone» (América sola). En el continente asiático, los extraordinarios resultados económicos de esta década han sacado de la pobreza extrema a quinientos millones de personas, un acontecimiento de una magnitud sin parangón en la historia de la humanidad.

Tras una década así, en la que Europa se ha mirado el ombligo y el mundo a nuestro alrededor ha avanzado a toda prisa, con resultados en algunos casos extraordinarios, se ha activado entre los occidentales el reflejo condicionado de querer parar el tren y bajarse. Los dominadores históricos, los que siempre iban en la vanguardia, los occidentales, «nosotros», hemos tenido miedo del futuro, de «este» futuro.

Miedo a un mundo en el que las jerarquías ya no fuesen las de siempre, en el que nuestra supremacía no se diese por descontada. La desorientación de nuestras sociedades, y de la clase media en particular, se ha extendido, y existe una concienciación creciente de que ahora, en el resto del mundo, gracias a la velocidad de la revolución digital, los peldaños del crecimiento ya pueden subirse de cuatro en cuatro, y no de uno en uno, como siempre había ocurrido. Y como, mientras tanto, Europa ha experimentado un profundo retroceso, con una crisis económica y social devastadora, el efecto de la devaluación se ha consolidado hasta convertirse en la tendencia dominante en la psicología colectiva.

Cada país ha vivido esta dinámica de una forma distinta. Italia y España sufrieron tamaño revés económico y social que tuvieron que concentrarse en los problemas internos, más que en su papel europeo o mundial. En el Reino Unido y Francia se impuso un mensaje, similar en ambos casos, de orgullo perdido y de voluntad de recuperar la influencia pasada. Londres y París, dos capitales del mundo durante siglos, acabaron poniéndose a buscar al culpable de la devaluación. Los partidarios del *brexit*, por un lado, y los soberanistas franceses guiados por Marine Le Pen, por el otro, encontraron al culpable más fácil: Europa para unos, el euro para otros. «Éramos más fuertes cuando no existía Bruselas» y «Éramos más ricos cuando no existía el euro»: he ahí los sencillos y eficaces eslóganes de los dos grupos que se formaron y que, entre 2016 y 2017, arrollaron a la Unión Europea. El respaldo de Trump y su infeliz elección como presidente de Estados Unidos reforzaron esa tendencia, haciéndola potencialmente mundial. De repente, la Unión Europea y el euro se han vuelto mortales, corren el riesgo de descomponerse. Tras el primer batacazo del *brexit*, nos dimos cuenta de que todo el diseño europeo podía venirse abajo. Era la primera vez que ocurría algo así. Con la sucesiva elección de Trump y su ataque fron-

tal a la idea misma de integración europea, esa amenaza se intensificó aún más, hasta el punto de convertir las elecciones francesas en un auténtico referéndum sobre Europa. Pero los resultados electorales de los franceses supusieron un giro.

Los pueblos de los tres países que representan a Occidente en el Consejo de Seguridad de la ONU se han expresado en cuestión de un año. Las elecciones francesas podrían haber sido el tercer acto, tras el *brexit* y Trump; sin embargo, representaron el parón de esa dinámica y el comienzo de un nuevo camino.

La victoria de Macron fue una victoria múltiple. Se impuso a la política tradicional y desbarató los esquemas políticos clásicos de derecha e izquierda. Pero, sobre todo, se impuso al mensaje antieuropeo de Marine Le Pen. Atacándolo frontalmente, como nadie había hecho hasta entonces, desmontó el esquema lógico y emotivo con el que los soberanistas hicieron fortuna. «Éramos más ricos y estábamos más seguros cuando no existía el euro, y por ende, la culpa es del euro.» Ese silogismo insidioso murió el 7 de mayo, cuando dos tercios de los franceses dijeron, con Macron: «El euro y la colaboración entre los europeos es una forma de ser más fuertes en un mundo que ha cambiado como nunca en los últimos años». Por lo demás, solo una campaña electoral europeísta y ofensiva podía desmontar el silogismo perverso de Marine Le Pen. Solo recordando que el mundo pasa de tres a nueve mil millones de habitantes en el transcurso de una vida de mi generación, puedo darme cuenta de los cambios que se están produciendo. Una cuarta parte de los habitantes del planeta eran europeos a mediados del siglo pasado. Basta comprobar que en los años ochenta, antes de Maastricht, China apenas representaba el 2-3 % de la economía mundial —menos que Italia, menos que España—, y que dentro de poco llegará al 20 %, para entender la magnitud de un fenómeno sin precedentes. Y no cabe duda de que no existe ningún vín-

culo entre Maastricht, el euro y el comienzo de la carrera de China y el resto de las potencias emergentes. Son fenómenos hijos de la globalización y de la nueva revolución digital. Estas dinámicas han cambiado la historia y, merced al nuevo impacto de la demografía, están modificando los equilibrios internacionales. No detendremos estos cambios, que merman y empequeñecen a los europeos, bajándonos del tren en marcha, como querrían los partidarios del *brexit* o Marine Le Pen. Si los europeos volvemos a los muros y a las viejas ideas de soberanía nacional exclusiva, o si detenemos la colaboración comunitaria, seremos más pequeños y más débiles en nuestra individualidad.

El euro y la integración europea son una forma de evitar la devaluación, no la causa de dicha devaluación.

Ha llegado la hora de mirar al futuro con lucidez y audacia. La nostalgia por un pasado que jamás volverá es pura negatividad; seguir con la inercia y limitarse a echar la vista atrás sería la peor reacción ante lo que está ocurriendo. También sería un error que abordásemos con miedo el futuro de los europeos: tenemos todas las oportunidades para ser influyentes y fuertes en el mundo de mañana; tenemos todas las características para hacer de nuestros valores unos puntos de referencia globales; podemos lograr que nuestro continente siga siendo el mejor sitio donde nacer o tener a nuestros hijos. Todo depende, eso sí, de nuestra capacidad para comprender la intensidad de los cambios y de manejarlos, sin dejar que nos arrollen. Este es un discurso válido tanto para la geopolítica como para la economía internacional. También para la política. Internet y las redes sociales han transformado la política, desbaratando el papel de los partidos y de todos los elementos intermedios. El efecto de la desintermediación, propio de internet, permite que cada cual se sienta completamente independiente y libre en sus elecciones electorales, y dicha libertad llega hasta las consecuencias más imprevisibles. Y sin embargo, en un complejo juego de causa-efecto, los partidos,

paradójicamente, parecen cada vez más impenetrables e incomprensibles. Mi actividad política me ha permitido conocerlos de cerca; de cerquísima, diría yo. Antes de cambiar el Parlamento italiano por la Universidad en París, viví intensos períodos de vida de partido: hermosos y agotadores, exaltantes y deprimentes. Siempre he creído que un partido político permite trascender los límites egoístas del «yo» en favor de una visión más próxima al interés general, centrada en el «nosotros».

La diferencia entre la política construida alrededor de los partidos y la política basada en aventuras individuales también reside en la cuestión de las raíces y de la relación con la realidad. Los partidos y los movimientos políticos deberían ser la forma de «tener los pies en el suelo», hermosa expresión de antigua sabiduría popular, pero cada vez más marchita, ahora que la política y los partidos se alejan por momentos de las raíces y la vida real de la gente. El caso más clamoroso ocurrió en Estados Unidos. En el fondo, nos hemos convencido de que la victoria fue mérito de Trump, pero intentemos cambiar por completo la perspectiva. ¿Qué pasaría si dijésemos que, si Trump no hubiese conquistado primero a los republicanos y vencido luego a los demócratas, ya tendríamos el resultado escrito, con el enfrentamiento final entre Clinton y Bush, como en 1992, hace un siglo? Los republicanos se habrían encomendado al otro hijo del Bush del 92 y los demócratas a la mujer del Clinton de ese mismo 92. Ese era el escenario que todo el mundo preveía hasta el otoño de 2015; los dos partidos estaban demostrando su ineptitud para leer las señales de los tiempos: ya no eran capaces de pegar la oreja al suelo y escuchar qué les decía la América profunda. Al final, Trump se impuso porque los demás, republicanos y demócratas, siguieron rastros completamente ajenos al espíritu de los tiempos. Y se impuso, sobre todo, porque para algunos electores representaba el rechazo a una política inmóvil e incapaz de llevar a cabo rupturas.

Actualmente, el valor añadido de tener «los pies en el suelo» y de la cooperación creativa, típico de formas de política participativa y no individualista, adquiere aún más importancia ante las situaciones inéditas a las que han de enfrentarse la política y la acción de gobierno. Desafíos más complejos que los del pasado, pues la simple repetición de soluciones ya probadas resulta insuficiente. Desafíos ante los que el líder, en su soledad, carece de la capacidad y la creatividad suficientes para dar con las soluciones necesarias. En resumidas cuentas, vivimos en una época en que el nivel horizontal es más importante que el vertical; una época en que la colaboración y la coparticipación valen mucho más que el falso decisionismo solitario.

Hoy día, en Italia y en Europa, hace más falta que nunca que la democracia evolucione hacia un sistema basado en partidos con una organización sencilla a nivel local, nacional y europeo; que sean lugares donde, con la garantía de la transparencia, poner sobre la mesa ideas y soluciones para ayudar a salir de la crisis a nuestra comunidad. Lugares donde el respeto y la capacidad de escuchar prevalezcan sobre la soberbia y los abusos. El terreno de juego de los partidos parece impracticable, con lo que es natural que resulte estridente la contradicción entre el rechazo a «esta» política, por un lado, y la concienciación de que no podemos librarnos de la política, por otro. Es exactamente ahí donde se produce ese cortocircuito que puede hacerlo saltar todo por los aires, imponiendo las tentaciones peronistas, la búsqueda del hombre fuerte y el desprecio por los procedimientos democráticos.

Estoy convencido de que tenemos que oponernos a la idea, cada vez más extendida, de que puede encontrarse un bien común sorteando las reglas de la democracia y la política. No obstante, hemos de ser conscientes de que la mera defensa del *statu quo*, la cómoda repetición de viejas